

# Las diversas y desconcertantes voces de la historia

La historia está en el origen de las ciencias sociales, pues surge fundada en la capacidad humana de representar el mundo y narrar los hechos, articulando descripciones susceptibles de ser transmitidas a otros, de constituirse en testimonios y conformar una memoria compartida. En este sentido, cualquier expresión humana, en tanto que está dotada de sentido y significación y es susceptible de ser registrada e interpretada, puede constituirse en una fuente de la historia. Sin embargo, la historia en el mundo moderno tiene dos connotaciones que debemos distinguir:

Por una parte, la elaboración de un discurso impuesto desde el poder, en la perspectiva de unificar a las naciones, a partir de un origen y un destino compartidos alrededor de una idea de Estado legítimo. Y por la otra, el desarrollo múltiple de una disciplina que se ocupa de reconocer, ordenar, registrar, sistematizar e interpretar críticamente los múltiples testimonios que, en su trascendencia, significado y contenido simbólico, pueden hacer parte de una reflexión y una memoria histórica.

La historia y sus fuentes tienen así, de entrada, eminentes connotaciones académicas y políticas. De ahí la discusión pública sobre la inclusión, los contenidos y el carácter de la historia como materia de estudio en los programas oficiales de la educación primaria y secundaria.

Como cualquier otro Estado moderno, nuestro país –siguiendo a Benedict Anderson– se ha construido e *imaginado* mediante el reconocimiento, entre otras cosas, de una historia que nos explica y nos da forma; por eso nociones como las de identidad, pertenencia, ancestralidad, devenir y orgullo patrio, para bien y para mal, suelen ser corolarios del conocimiento, legitimación y manejo de la Historia, término que ponemos aquí intencionalmente con mayúsculas para distinguirlo de las historias matris –en plural y con minúscula– que don Luis González y González oponía a la idea de Historia Patria.

De ahí el importante papel de instituciones como la nuestra, que se ocupan de manera cotidiana y constante de estudiar, guardar, organizar, sancionar e interpretar los testimonios susceptibles de constituirse en material para la historia, en fuentes de la historia.

En México, país que sigue cargando su inescapable herencia colonial, la antropología, y la etnografía en particular, han aportado valiosas claves y materiales para el estudio de la historia, al tiempo que la historia constituye un referente fundamental de la antropología. No es casual que nuestra institución, desde sus orígenes, haya amalgamado en su nombre, así como en su programa académico, político y social, la historia y la antropología. Esto no sucede en otras latitudes.

La historia se alimenta de sus fuentes, que por sí mismas no aportan la respuesta a las preguntas del historiador pero que le brindan un sustento empírico y referencial. Como la memoria, como la escritura, la historia es secuencial. Las fuentes son materia, pero su apropiación y adquisición de sentido requieren necesariamente de una interpretación y de la construcción de una narrativa articulada y coherente que asocie y contextualice el dato. Esto involucra una evidente responsabilidad para el historiador, puesto que la fuente no es tal mientras no haya alguien que abreve de ella.

Los historiadores nos confirman con sus investigaciones que los grupos humanos han dejado y siguen dejando constancia de su existencia, sus ideas y sus motivaciones, las cuales podemos

ver plasmadas en el gran cúmulo de objetos, discursos y expresiones que han creado y ofrecido a otros. Sin embargo, dar sentido y valor a tales manifestaciones requiere desarrollar habilidades especiales para observarlas, valorarlas y significarlas como testimonio histórico; esto es, para reconocerlas como fuentes de la historia.

De esta manera, un buen observador puede encontrar en la decoración de una vasija, en el retablo de una iglesia, en un albur, en una resolución jurídica, en una novela, en un álbum fotográfico familiar, en una revista o en una película las ideas o impulsos que motivaron a ciertas personas, en un determinado momento y lugar, a conducirse como lo hicieron, recuperando así tramos o dimensiones de su historia.

Me complace presentar, en este número 9 de *Diario de Campo* en su tercera época, algunas reflexiones y hallazgos de investigadores del INAH, sobre todo de la Dirección de Estudios Históricos, preocupados por la reflexión crítica sobre las fuentes de la historia, sus alcances y particularidades, a la luz de la experiencia de algunos colegas en el oficio de historiar el pasado y el presente.

Esperamos que este número despierte en muchos y refuerce en otros el interés en la diversidad de fuentes para la comprensión de la historia, que no son más que el pálido reflejo de las sociedades en que son producidas y recreadas. Que lo disfruten.

Diego Prieto Hernández

